

PRÓLOGO

La idea de este libro de testimonios de mujeres narrando su infancia durante la Guerra Civil y una larguísima y pavorosa posguerra que no trajo consigo paz, sino represión y muerte, nació de un recuerdo, de varios recuerdos en verdad, y de una indignación. Cierta mañana de verano hablábamos dos hermanas de mi madre y yo sobre nuestra tía Rafaela (tía suya y tía abuela mía, desgraciadamente ya fallecida), y una de nosotras, al evocar sus chispeantes ojos azules y esa contagiosa alegría que no consiguieron arruinarle sus dos estancias de años en las prisiones franquistas por republicana y antifascista, comentó: «Es admirable que la tía no saliese de la cárcel llena de amargura, teniendo en cuenta que le destrozaron la vida». En ese instante, mi hija Irina, que entonces, hace ya diez años, contaba apenas nueve, alzó la cabeza del libro que estaba leyendo y preguntó, asombrada y algo inquieta: «Huy, pero ¿tenemos a alguien en la familia que ha estado en *la cárcel*?». Recordé entonces las palabras que Rosa Regás profirió durante la presentación de una antología de cuentos sobre la

Transición¹ en que ambas habíamos participado. «Mientras en los libros de texto españoles no se les diga a los escolares la pura y simple verdad, es decir, que el dictatorial régimen de Franco fue un régimen asesino y exterminador, la Transición democrática seguirá inconclusa», dijo entonces ella, que noveló los recuerdos de una infancia terrible y muy traumática en *Luna lunera*². Me recordé a mí misma leyendo aterrada a los once años, una noche en que mis padres habían salido, la edición francesa, traducida en 1961, para la editorial Julliard, por el catedrático hispanista y estudioso lorquiano Claude Couffon, de la novela antifranquista, tantos años prohibida en su país, de mi padre, *El exilio interior*³; al filo de sus páginas, me sentí asomada de repente al pozo más hondo, al abismo más vertiginoso, a la ciénaga más putrefacta. ¿Por qué era así mi país de origen? Yo había nacido, hija afortunada del exilio de 1956, en París, pero aquella noche me inquirí a mí misma acerca de si sería posible alguna vez sentirse a salvo de la infamia de la historia, y del lado más turbio y oscuro de la condición humana con semejante pasado, colectivo y tan reciente, a las espaldas. Y recuerdo, también, que traté de imaginarme niña, una niña nacida décadas atrás de la de mi nacimiento

1 Varios autores, *Nuevos episodios nacionales. 25 historias de la democracia*. Edaf, Madrid, 2000.

2 Rosa Regás, *Luna lunera*. Areté, Barcelona, 1999.

3 Miguel Salabert, *El exilio interior*. Anthropos, Barcelona, 1988.

real, en medio de esa guerra, y de esa bélica y atroz posguerra de los encarcelamientos, los fusilamientos por condena sumarásimas, el hambre, la censura inquisitorial, el miedo... Unos años antes había intentado imaginarme fugitiva de las persecuciones de la omnipresente bestia nazi en un escondite abuhardillado de Ámsterdam, junto a Ana Frank, la adolescente judía autora del diario tristemente célebre, que entonces encarnó a mis ojos a la ideal amiga del alma y a la hermana mayor que hubiera anhelado tener, y hoy es para mí mi eterna y amada hermana pequeña, la chiquilla, muerta de tifus en el campo de Bergen-Belsen, cuyas conmovedoras palabras no se esfumaron en el olvido porque viven en la memoria, el cariño y la conciencia de millones de sus semejantes. Siempre he tratado de ponerme en el lugar y la historia de los demás, de la piel del otro, de los otros, y supongo que ése es, entre otras razones, también poderosísimas, como el amor a la música de las palabras, uno de los motivos que me ha impulsado a ser novelista.

Pero este libro no es una novela. En casi todos mis libros tienen la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial una gran importancia, simbólica o de facto, pero este libro, que trata del drama y el trauma, de los horrores de la guerra, y de la herida sin cicatrizar de la represión ejercida por los vencedores, no es, lo repito, una novela. Ni tampoco un libro de relatos, como los maravillosos libros que Juan Eduardo Zúñiga ha escrito sobre la Guerra Civil, el último de los cuáles se titula *Capital de la glo-*

*ría*⁴. No hay en sus páginas, habitadas por las durante tanto tiempo de transiciones transcurridas bajo la amenaza del «ruido de sables», silenciadas «voces dormidas», que hubiera dicho la tristemente desaparecida Dulce Chacón, quien homenajeó a las presas republicanas en su novela *La voz dormida*⁵, ni una sola línea de ficción. Porque ese día en que escuché a mi hija preguntar sobre la cárcel de una tía bisabuela que no llegó a conocer, una mujer que a sus ochenta años marchó a Estados Unidos y a Inglaterra a estudiar inglés en cursos intensivos para poder leer en su idioma original a Poe, Whitman y Shakespeare, me prometí escribir alguna vez sobre esas niñas a quienes la guerra iniciada por los sublevados contra la democrática II República asesinó la infancia y quebró los porvenires. Le expliqué, por supuesto, a mi entonces pequeña hija, que sólo en las democracias viene de madrugada el lechero y van a la «cárcel» los delincuentes, los violadores, los asesinos, los ladrones. Las dictaduras de todo tipo prefieren llenar sus lóbregas celdas y sus campos rodeados de alambradas con opositores: estudiantes, sindicalistas, artistas, miembros de asociaciones civiles y de derechos humanos, minorías sojuzgadas, personas sin actividad política alguna denunciadas por alguien que simplemente les odia o envidia... Decidí escribir este libro de las «niñas de la guerra»,

4 Juan Eduardo Zúñiga, *Capital de la gloria*. Alfaguara, Madrid, 2003.

5 Dulce Chacón, *La voz dormida*. Alfaguara, Madrid, 2000.

de estas muchachas, hijas de la ilusión liberadora republicana, sobre quienes cayó, implacable y sórdida, la ira de los vencedores, porque fueron ellas, al menos las que no se exiliaron, quienes más sufrieron al crecer el destino que el régimen filonazi y machista del general Franco les tenía reservado a las mujeres: fueron ellas quienes tuvieron que aprenderse esa «letra que con sangre entra» que les incitaba a no salir de cocinas y cuartos de costura, a vivir siempre a la sombra del «guerrero», del padre, del hermano, del marido. Todas tuvieron que luchar por sus vocaciones y por desarrollarse como personas. Y todas pasaron miedo, y carencias físicas o psíquicas, incluso quiénes no tuvieron, afortunadamente, que llevar luto por los suyos o ir a visitarlos después a una cárcel, como es el caso de Julia Gutiérrez Caba, Josefina Aldecoa o Ana María Matute. Las hijas de encarcelados, desaparecidos y fusilados, como María Jesús Posada, Susana del Castillo, Juana Ginzo o Ángeles Losada, fueron demonizadas en su dramática realidad cotidiana, y vituperadas en sus aspiraciones vitales por un régimen que obligó a todas las mujeres de este país a requerir el permiso del marido incluso para solicitar un puesto de trabajo, realizar una venta de los bienes propios u obtener el codiciadísimo pasaporte... Lo recuerda muy bien Susana del Castillo, lo vivió Juana Ginzo, a quien su ex marido tuvo que firmar ante notario un permiso especial para que ella pudiera salir sola de España cuando lo deseara... Y a quienes se exiliaron de niñas o adolescentes, como

Margarita La Villa, Victòria Pujolar Amat o Teresa Azcárate, simplemente se las tachó, desde la propaganda del régimen más estulto que imaginarse pueda, de «antiespañolas» corruptoras de patrias, y de Jezabeles rojas... Decidí que este libro no sería una novela, que yo me agazaparía tras las voces de unas protagonistas del drama más real, limitándome a ordenar y a poner por escrito su memoria, sus palabras, su discurso de emoción, coraje y resistencia, porque en este espacio de recuperación sólo sus voces no distorsionadas cuentan. Y decidí, asimismo, que en sus páginas tendrían cabida únicamente las experiencias de mujeres dueñas de profundas convicciones democráticas, no sólo porque quienes vistieron durante cuarenta años la apolillada camisa azul de su victoria sangrienta, obtenida mediante la ayuda de Hitler y de Mussolini, han tenido «mucho tiempo para contar sus vidas» y sus hazañas bélicas, sino también por justicia debida. No fueron ellas, que eran niñas, ni los suyos de vida y corazón, gentes del mundo del trabajo, del arte y de la ilustración, quienes empezaron una guerra fratricida donde se toreó a detenidos en plazas de toros, como en la toma «nacional» de Badajoz, se bombardeó con bombas de fósforo a la población civil, como en Guernica, Durango y Barcelona, se fusiló a madres como Emilia Núñez delante de sus hijos pequeños, y se asesinó y se enterró, con impune nocturnidad, en cunetas y prados, a meros interventores de urnas electorales, como en León o Galicia. Ellas fueron víctimas de una guerra que pulverizó sus infancias, sus años

de formación, partió en dos su país, dividió a las familias y prendió la mecha de la catástrofe alimentándola con el sebo del odio. Es sabido que también en la zona republicana hubo episodios de lamentable y asesina represión de los contrarios, pero la diferencia es que, salvo en los casos, muy concretos, de intervención de los servicios secretos estalinistas que torturaron y asesinaron a personas de la derecha, a Andreu Nin, a otros dirigentes trotskistas y a intelectuales republicanos como el traductor y amigo de John Dos Passos, José Robles (la reconstrucción de los hechos realizada por Ignacio Martínez de Pisón en su libro *Enterrar a los muertos* es magnífica⁶), los crímenes contra oponentes políticos fueron cometidos por turbas sanguinarias o por grupos descontrolados al margen de las instituciones y de las instrucciones del gobierno republicano del Frente Popular. Al gobierno legítimo y democrático republicano le costó meses tomar de nuevo, y no del todo, las riendas de un orden público socavado por la guerra. Esos crímenes cometidos en su área no fueron pensados y organizados, como en la zona dominada por los sublevados facciosos, desde la jerarquía, como parte de un programa político que, a imitación del nazismo alemán y del fascismo italiano, basaba sus fundamentos en el exterminio del adversario y la erradicación del fermento y los *modus operandi* democráticos. La II República jamás incitó fehacientemente al

6 Ignacio Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*. Seix Barral, Barcelona, 2005.

asesinato y al crimen, nunca aplaudió los «paseos» y matanzas perpetrados en su zona por los escasos —por comparación con el otro bando, que mató, torturó y aniquiló a centenares de miles de personas por sistema— incontrolados y sanguinarios sin ley ni orden que aprovecharon los momentos de pánico y asedio para sus deleznable acciones. A alguien que desconociese nuestra guerra civil le bastaría contraponer los discursos de Azaña y del fanático Queipo de Llano, o de Indalecio Prieto y Juan Negrín frente a los de los generales Mola y Franco, como lo hizo Santiago Macías, en la introducción a la segunda parte de su libro, cofirmado junto con Emilio Silva, *Las fosas de Franco*⁷, para darse cuenta de este hecho innegable. De la inmensa diferencia moral entre uno y otro bando. Porque allí donde los representantes de la democracia republicana, abandonada por unas democracias occidentales, acobardadas ante el empuje de Hitler, en lo que fue la batalla telonera de la Segunda Guerra Mundial, piden, como el socialista Indalecio Prieto, «corazones sensibles» y «conducta moral» a los suyos, los sublevados prometen a sus enemigos, por boca de Queipo de Llano en discurso radiado, que «si están muertos los volveré a matar». «No hay redención sin sangre», clama un Franco nunca ahíto de plasma ajeno en 1946. En 1939, el presidente del Gobierno,

7 Emilio Silva y Santiago Macías, *Las fosas de Franco. Los republicanos que el dictador dejó en las cunetas*. Temas de Hoy, Madrid, 2003.

Juan Negrín, había dicho: «A mí me duele la vida de los españoles sacrificados estérilmente en el otro lado. A mí me interesa, para el gobierno futuro de España, conservarlos también a ellos, y que sirvan de contraste con nuestra opinión y posición política». Y en cuanto a Azaña... el gran político que tuvo, y hubiera debido de seguir teniendo, aquella España atrasada y lastrada por el analfabetismo y las enormes diferencias sociales, ¡cuánto cabría decir de ese brillante intelectual liberal de izquierdas y escritor humanista, muerto en la Francia ocupada por los nazis, que amó al país de su desdicha tanto como aborreció la violencia, el crimen y la sinrazón del odio! Leer sus enriquecedores, notables *Diarios*⁸, es vislumbrar apenas un atisbo de todo lo que perdimos los españoles de antes, de durante y de después del franquismo.

He mencionado, párrafos arriba, que este libro vivo de «historia de historias vivas», surgió, asimismo, de un sentimiento de indignación. En los últimos años, y al tiempo que al fin se reivindica la gran labor modernizadora, democrática, educativa y social de la II República, asistimos en nuestro país al pequeño y mezquino éxito «mediático» de ciertos personajes. Personajes de nula categoría intelectual, y falaz «revisionismo», inspirado del de los filonazis negacionistas del Holocausto Faurisson, Irving y similares, a quienes el historiador, y gran

8 Manuel Azaña, *Diarios completos*. Crítica, Barcelona, 2004.

helenista, judío francés Pierre Vidal-Naquet (cuyos padres, de origen sefardí, perecieron en las cámaras de gas de Auschwitz) retrató en su contundente *Les assassins de la mémoire*⁹. Son personajes del «estilo» de Pío Moa y adláteres, llegados de ámbitos diversos (terrorismo ex GRAPO, sectarismo Opus Dei y Legionarios de Cristo, reaccionarios de raigambre evangélica, nostálgicos del «atado y bien atado», neonazis provenientes de la ex CEDADE, etc.), que se dedican a ensalzar los supuestos «logros» y «¿milagros económicos?» del franquismo —el catedrático Vicens Vives y otros economistas e historiadores han demostrado que España se hubiera desarrollado económicamente mucho más, en consonancia con el resto de las democracias europeas, de no haber padecido durante cuarenta años el lastre de la dictadura fascista—, y a denostar a los demócratas, invocando siempre el fantasma del «terror rojo». Sus panfletos no tendrían mayor importancia, de no ser porque los más jóvenes de nuestro país, e incluso muchos miembros de mi generación, conocen apenas del franquismo cuatro estampas costumbristas, y más o menos amables, entrevistas en la popular, bienintencionada, pero a la par muy edulcorada, serie televisiva *Cuéntame cómo pasó*. Es grave desconocer la propia historia... hecha de la historia de tantos, de esos abuelos y abuelas

9 Pierre Vidal-Naquet, *Les assassins de la mémoire. «Un Eichmann de papier» et autres essais sur le révisionnisme*. Éditions La Découverte, París, 1987.

anónimos que toman el sol en las viejas plazas de nuestras ciudades y han callado durante toda su vida sus infancias destrozadas, sus exilios, sus orfanatos, dirigidos desde el cínico Auxilio Social por quienes mataron a sus padres, su hambre trágica y su miedo endémico. Me parece grave no saber, por ejemplo, que el republicano Cristino García, que murió fusilado por guerrillero del maquis en la España a la que regresó, tras el triunfo aliado, para intentar derribar a uno de los últimos tiranos europeos de la órbita del Eje, tiene una calle en París. En ese París ya insurrecto que él liberó, en agosto de 1944, desde la torreta de un tanque de la división Leclerc, cuyas tropas entraron, mano a mano con las estadounidenses venturosamente desembarcadas dos meses antes en Normandía, en la bellísima *ville-lumière*. En la Europa liberada del nazismo, nuestro compatriota fue un héroe, pero en su desdichado país natal, donde el coronel Barato había declarado al corresponsal del *Toronto Star* que «habremos establecido el orden cuando hayamos ejecutado a dos millones de marxistas», fue una simple cifra más en la lista de los «bandoleros» muertos. Y acaso lo siga siendo para algunos, para esos herederos del franquismo que se sienten ultrajados, en pleno siglo XXI, porque el gobierno socialista, presidido por José Luis Rodríguez Zapatero, el afable nieto de un leal militar republicano fusilado en León, ha mandado quitar, ¡al fin!, de una fea plaza de la capital, la ignominiosa estatua ecuestre del dictador que en su último otoño

firmó el enterado de cinco nuevas penas de muerte... Es inconcebible que no se sepa, no se enseñe que en Valladolid, donde las escuadras de Falange, como la tristemente célebre Escuadra del Amanecer, ejecutaban a mansalva junto al Campo de San Isidro, se instalaron churrerías para el público asistente a tan vil espectáculo. El historiador, y catedrático exiliado en Francia, Manuel Tuñón de Lara recordaba en su libro *La España del siglo XX*¹⁰ que «la monstruosidad llegó a tanto que *El Diario Regional*, periódico católico, publicó una nota pidiendo caridad para los que morían y que cesasen ciertos comportamientos». Hugh Thomas se ha referido muy justamente a la monstruosa labor de exterminio practicada por el bando franquista, mal llamado «nacional»... Es triste, asimismo, que la historia de las desdichadas Trece Rosas, la mayor parte de ellas menores de edad, apenas se haya conocido hasta ahora. Aquellas chicas, algunas de ellas adolescentes, fueron fusiladas por el mero hecho de haber militado en la JSU¹¹, sin que se les diera siquiera ocasión a enviar las cartas de petición de indulto. Esas cartas quedaron esparcidas sobre la mesa de la feroz y extraña —fue alumna de la Institución Libre de Enseñanza, colaboró con el espionaje nazi y tuvo después encarceladas en la prisión a su cargo a muchas de sus antiguas profesoras, y a condiscípulas

10 Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX*. Akal, Madrid, 2000.

11 JSU: siglas de la Juventud Socialista Unificada, que aglutinó en sus filas a partir de cierto momento a jóvenes socialistas y comunistas.

como Matilde Landa— directora de la cárcel de Ventas, Carmen Castro. Entrado ya el siglo XXI, el novelista Jesús Ferrero le ha dedicado a su memoria mártir su hermosa novela *Las Trece Rosas*¹². Dos años más tarde, el periodista Carlos Fonseca publicó su también conmovedor reportaje, titulado *Trece rosas rojas*¹³, sobre el drama de aquellas muchachas que salieron una madrugada de la cárcel de Ventas hacia el paredón, vestidas con sus mejores prendas... «Bendita mil veces la sangre que nos ha traído nuestra redención», pronunció con su vozecita atiplada, en uno cualquiera de sus feroces y mediocres discursos, el general Franco...

Y es triste ir a un acto sobre los espléndidos colegios creados por los españoles durante su exilio en México (los míticos Madrid, Luis Vives, y la Academia Hispano-Mexicana, entre otros), en la madrileña Residencia de Estudiantes, y comprobar que casi todo el público consiste únicamente en antiguos alumnos o padres de alumnos. Como el dirigente socialista Manuel Ortuño, padre del director del mismo nombre de la revista cultural *Letra Internacional* y editor de Trama Editorial, quien rememora emocionado el espíritu de aquella educación recibida, que buscaba que los niños fuesen mejores, más libres, más cultos y más felices... Es triste que

12 Jesús Ferrero, *Las Trece Rosas*. Siruela, Madrid, 2003.

13 Carlos Fonseca, *Trece rosas rojas*. Temas de Hoy, Madrid, 2004.

apenas dos o tres historiadores jóvenes acudan a escuchar a una mujer tan impresionante (y tan divertida) como María Luisa Capella, que fue niña exiliada, alumna del colegio Madrid y posteriormente profesora de literatura en las mismas aulas donde se había reído de cría con las salidas del gran matemático y astrónomo Marcelo Santaló... «Bueno, jóvenes, cuando sepan donde viven, volveré», solía decirles a sus alumnos desconocedores de la circunferencia de la Tierra el científico, que antes de la creación del colegio Madrid malvivió unos meses en México gracias a la escritura de horóscopos que le publicaban revistas «para damas». Fue hermoso escuchar a esa intensa y cultísima mujer relatar cómo Luis Castillo, director del Madrid, llegó a México con veintidós dólares en el bolsillo, pagados por agradecidos viajeros judíos, compañeros suyos a bordo del buque que los sacaba hacia el Nuevo Mundo de la Europa del crimen y las llamas, a cambio de sus primeras clases de español. Fue hermoso oír de sus labios a Hölderlin («hay tanto que defender»), reír con sus anécdotas sobre el jardinero Dionisio, que cantaba «Cárdenas / te quiero / como se quiere a una madre / más de lo que se quiere al dinero», mientras recortaba setos y abonaba rosales, y escucharla decir, emocionada: «En el jardín de una escuela cabe todo el universo». Como fueron hermosas sus palabras referidas al joven poeta mexicano Francisco Segovia, nieto de españoles y alumno del Luis Vives, quien

afirmó, en un acto de homenaje a su antiguo colegio, que «el hombre no está en la historia, el hombre es la historia». Una historia donde la memoria rescatada y recreada inspira obras tan espléndidas como *El largo viaje*¹⁴, de Jorge Semprún, la reciente *Los rojos de ultramar*¹⁵, de Jordi Soler, o *El soldado de porcelana*¹⁶, de Horacio Vázquez Rial, novela que rescata del olvido al músico republicano exiliado Gustavo Durán, entre otras muchas.

Esta historia, la de este libro, no pretende «hacer historia», sino «ser historia». Para que se conozca lo sucedido, para que los jóvenes y adolescentes de hoy sepan de qué historias provienen y qué Historia, con mayúsculas y muchos interrogantes, han heredado, y acaso digerido apenas en su inconsciente, tras un largo «tiempo de silencio» y de cuchillos largos siempre dispuestos a desenvainarse, es necesario oír las «voces». Las de la vida. Y las de la literatura, por supuesto, que nace de la vida. Cómo no evocar aquí, siquiera sea fugazmente, al gran Max Aub y sus extraordinarios *Campos*¹⁷ de la serie *El laberinto mágico*, escrita en México, a Mercé Rodoreda, cuyo libro de relatos *Cuánta, cuánta guerra*¹⁸ es tan bello como trágico... y a

14 Jorge Semprún, *El largo viaje*. Tusquets, Barcelona, 2004.

15 Jordi Soler, *Los rojos de ultramar*. Alfaguara, Madrid, 2004.

16 Horacio Vázquez Rial, *El soldado de porcelana*. Belacqua, Barcelona, 2009.

17 Max Aub, *El laberinto mágico* (*Campo abierto, Campo cerrado, Campo de sangre, Campo francés, Campo del moro y Campo de los almendros*). Punto de Lectura, Barcelona, 2004.

18 Mercè Rodoreda, *Cuánta, cuánta guerra*. Edhasa, Barcelona, 2002.

Celia, la imaginativa niña creada por otra gran exiliada, la escritora de literatura infantil Elena Fortún, quien la situó adolescente, en uno de sus títulos más desconocidos, *Celia en la revolución*¹⁹, en el Madrid asediado de la guerra y en la Valencia desde la que salió, como su autora, rumbo al exilio...

Es necesario escuchar las voces. Este libro testimonial lo habitan varias voces de mujeres, unas famosas y otras desconocidas para el gran público, que fueron niñas en plena Guerra Civil, «niñas de la guerra». Cuentan sus dramáticas experiencias sin énfasis, a veces incluso con cierto humor, con mucha ternura hacia las crías y muchachas que fueron. Ordenan sus recuerdos y evocan el espanto de los bombardeos, de las colas de racionamiento, sus juegos e ilusiones de entonces, el miedo, el modo en que percibían, veladamente o no, los acontecimientos. Y el día después, el de la victoria que no supuso la paz, el del desarraigo del exilio... Son una pequeña, pequeñísima muestra, de la memoria española del siglo XX. Hubiese querido contar aquí con la presencia de muchas más, Sabina de la Cruz, por ejemplo, profesora de literatura y viuda del gran poeta Blas de Otero, cuyo padre fue fusilado por los falangistas cuando ella tenía seis años. O charlar más en profundidad con Antonia Rodríguez, con quien apenas si pude conversar en filigrana, porque la grave enfermedad de su marido requería toda su atención, su tiempo

19 Elena Fortún, *Celia en la revolución*. Aguilar, Madrid, 1987.

y su afecto. Antonia es una mujer luminosa, de inmensos ojos azules, que fue encarcelada a los quince años por su militancia en la JSU y pasó gran parte de su vida en el penal de Ocaña y en la cárcel de Ventas, donde sólo se comía cada veinticuatro horas un plato de lentejas llenas de piedras. Servido, además, a cualquier hora del día o de la noche, «de no ser por los envíos de nuestros familiares, nos hubiéramos muerto», asegura. Su recuerdo del puerto de Alicante, que Rafael Torres ha evocado asimismo en su novela *Los naufragos del Stanbrook*²⁰, parece sacado de una de las extraordinarias, dolorosísimas, páginas de *Campo de los almendros*, de Max Aub²¹. Pero es real, trágicamente real, tanto como el dolor de quienes aguardaban los barcos del rescate que nunca llegaron, o que se dieron media vuelta en la bocana del puerto ante las amenazas de las baterías y cañoneras franquistas. De esa realidad padecida nacieron las páginas del exiliado Max Aub, quien hizo suyo en su ficción el drama de las gentes como Antonia Rodríguez, la rubia muchachita quinceañera que no logró embarcar, se quedó en tierra con su padre y pagó a un precio muy alto el haber defendido al gobierno democrático de su nación. «Estuvimos varios días bajo la lluvia, entre los que se suicidaban pegándose un tiro en la sien o arrojándose al mar, y cuando entraron las tropas fascistas españolas,

20 Rafael Torres, *Los naufragos del Stanbrook*. Algaida, Sevilla, 2004.

21 Max Aub, *Campo de los almendros*. Punto de Lectura, Barcelona, 2004.

después de los italianos, me separaron de mi padre, a él se lo llevaron, entre cientos y cientos de hombres, al campo de Albaterra. A las mujeres y niñas nos llevaron a un cine de Alicante, y allí nos tuvieron metidas durante tres días, sin comer ni beber, ni poder lavarnos o ir a un servicio. Allí vi abortar a muchas mujeres, los bebés lloraban, el pánico y el cansancio eran tremendos... Yo estaba con otra niña, que la pobre iba solita, y que le dijo a la señora con la que yo estaba: “¿Me puedo arrimar a usted?”. Ella le contestó, señalándome: “Bueno, hija, tú arrímate, y decimos que las dos sois mis hijas”. Y es que ambas teníamos los mismos apellidos, éramos de pueblos vecinos. Hasta el tercer día no repartieron unos vasos de leche, pero ocurrió que las dos le oímos decir a una de las guardianas falangistas: “Verás cómo ahora no nos dan ni pizca de guerra, se quedarán muy dormiditas”. Entonces le dije a tía Isabel: “Cuando vengan a dar la leche, usted no la coja, eh, que le han echado algo para dormirnos”. Y ni ella ni yo nos la tomamos. Luego, al cuarto día, nos llevaron a la cárcel de Alicante, donde había estado preso José Antonio, y después lo estuvo el poeta Miguel Hernández, pero estaba ya abarrotada de gente, y como vieron que no cabíamos más detenidos, pues nos mandaron al famoso campo de concentración de los Almendros. Allí pasé tal hambre que todavía ahora, cuando lo recuerdo, se me retuerce el estómago... Y después nos soltaron a unas cuantas, sin un céntimo en el bolsillo, porque el dinero nuestro, el republicano, ya no servía. Tuvimos

que regresar a Madrid con las tropas que iban al desfile de la victoria, vinimos entre los caballos... y algunos soldados eran muy sinvergüenzas, querían hacernos cosas a las niñas... pero yo me escabullí, dije a toda prisa que iba con mi madre y con mi hermana, cosa que no era cierta, porque esa señora no era mi madre, pero así me protegí de sus intentos de manoseos. Recuerdo que en Alcázar de San Juan los soldados nos tiraron unas cáscaras de naranjas, yo las cacé al vuelo y se las llevé corriendo a mi falsa madre para que comiera algo y recobrase fuerzas, porque ya no podía ni dar un paso, luego me fui con ella a su casa... Y ahí me detuvieron y me llevaron primero a mi pueblo, y de mi pueblo al penal de Ocaña. Y luego, a la cárcel de Ventas, donde había un cura que, durante nuestra asistencia obligatoria a misa, nos chillaba a las presas: "Si Dios quiere perdonaros allá arriba, conviene que sepáis que nosotros, aquí abajo, no os perdonamos, porque sois escoria y sólo escoria". Yo tenía quince años en el puerto de Alicante y lo único que había hecho era militar en la Juventud Socialista Unificada... ¿Cómo pueden pretender que me olvide de lo que nos hicieron?», dice Antonia, con un nudo en la garganta. Me hubiera gustado hablar largo y tendido con ella, y con otras cientos de mujeres que, si no perdieron directamente a los suyos, sí sufrieron el avasallamiento moral y cultural de un régimen tiránico que condujo al país entero a la más absoluta miseria intelectual y al más sobrecogedor de los oscurantismos. Un régimen que arrebató

infancias —todas, no sólo las de los hijos de los vencidos—, frustró vidas y proyectos y empobreció porvenires. Se podrían mentar miles y miles de ejemplos, por desdicha, para ilustrar la mediocridad y estupidez del franquismo, pero me limitaré aquí a citar uno al azar, como mero botón de muestra. El 23 de diciembre de 1940, el periódico cartaginés *El Noticiero* publicó la noticia de que el gobernador civil acababa de prohibir el uso de los árboles de Navidad y las imágenes de Papá Noel. «Ni aun en el seno de las familias se consienten tales fiestas por ser contrarias a los postulados del régimen». Quedaban admitidos tan sólo el Nacimiento y los Reyes Magos... Y podríamos seguir con la demonización del baile, los salvoconductos para viajar a menos de cien kilómetros, la estrechez de miras de una universidad que, de 600 catedráticos en 1936, pasó a tener únicamente 380 en 1940 (muchos de sus rectores, como el de Oviedo, Leopoldo García Alas, hijo de Clarín, el autor de *La Regenta*, fueron fusilados), según el investigador Jaume Claret... Y con la omnipresencia de la trentina curia religiosa brazo en alto en todos los ámbitos de las vidas. El tiempo y el espacio son, no obstante y por desgracia, limitados...

Es importante conocer, recordar, saber. Y no por espíritu de revancha, sino por justicia, por respeto a la verdad y a la memoria histórica.

Las chicas de hoy ni se imaginan, por ejemplo, que sus desenfadados ombligos al aire les hubieran costado en esa

época, no tan lejana a fin de cuentas, un corte de pelo al cero y una brutal paliza en una comisaría cualquiera. Una de éstas donde se colgaba a la gente «sospechosa» de ganchos de carniceros y se apaleaba, violaba y quemaba con cigarrillos y corrientes eléctricas a quienes prestaron «adhesión» o «auxilio» a «la rebelión»... No saben lo mucho que puede dar de sí el lenguaje en boca de dictadores. Porque no deja de ser curioso el cinismo que propició que se condenase a muerte, o a cadena perpetua, por «adhesión», o por «auxilio a la rebelión», justamente a quienes defendieron, y apoyaron en sus horas malas, al gobierno democrático, elegido por la abrumadora mayoría de un pueblo deseoso de avanzar, de aprender a leer, de conocer otros horizontes, más amplios y luminosos, que los del infierno en la tierra de la miseria y el analfabetismo de muchos... «En mi pueblo, situado a 50 kilómetros de Madrid, justo al lado de la carretera de Burgos, no había ni luz eléctrica ni agua antes de la II República. Fue la República quien nos puso el agua y la luz, cómo no íbamos a ilusionarnos con ella», me dijo Nieves Torres, que pasó en la cárcel dieciséis años de su vida, de los diecinueve a los treinta y seis años, por militante de la JSU, durante un acto de homenaje a las Trece Rosas, de quienes fue muy amiga. «Dieciséis años, sí... y antes, una condena de muerte que mi madre, la pobre, logró, con mil y una vueltas desesperadas de un lado a otro del país, que se me conmutase, después de esa guerra maldita, mil veces maldita, que nos trajo el señor Franco, tan católico él, que por

eso se vino a pasarnos a degüello con la ayuda de un buen montón de moros... Y antes me tiré un mes en la comisaría madrileña de Núñez de Balboa, y de eso, casi prefiero no hablar. Afortunadamente, llegué a tiempo de tener dos hijos, que son mis dos joyas, lo que yo más temía era salir de la cárcel y no poder ya ser madre, se lo decía siempre en Ventas a la compañera presa que nos daba clases de historia y geografía en la sección de menores, doña María Sánchez Arbós, que era la mujer más buena que yo he conocido en mi vida. Yo, que en mi vida hice mal a nadie, que soy una campesina que jamás mató a un pollo ni a una gallina, sólo me los comía si los había matado otro, porque me horrorizaba entonces, igual que ahora, ver sufrir y morir a otro ser, fui tratada como una criminal desde el día de San Isidro, bendito sea, la de ramos que le habré llevado en mi vida, de 1939 en que me detuvieron en Madrid, en la calle Torrijos esquina con Alcalá». Como a tantas otras chicas o niñas hijas de vencidos y vencidas, a Nieves empezaron por raparle el pelo en la comisaría. Dice que aquello no le importó, «mientras miraba mis rizos por el suelo, pensaba que, a fin de cuentas, el pelo crece», pero que durante años le ha dolido sentir que «nunca era, por lo visto, el momento de hablar de nada de lo pasado».

Ese momento arrancó, tímidamente, no antes del año 2000... Y es justo e imprescindible que así sea, siquiera tan tardíamente, porque más vale tarde que nunca.

Que suenen ahora las voces, los relatos sobre su infancia y adolescencia de estas diez mujeres de paz, estas diez mujeres demócratas, de distintas ideas, posturas y opiniones políticas, que fueron «niñas de la guerra», y parafraseando al gran Dámaso Alonso, también «hijas de la ira» más ciega, sorda y tenebrosa que imaginarse pueda. A sus voces, y a las de quienes crecieron bajo las bombas y la crueldad de la dictadura, ha ido la mía a ellas debida.